

una sobre la máquina. Tus pies pequeñitos movían los pedales de hierro, y entonces la máquina marchaba, marchaba en el sosiego del patio con un ruido lijero y rítmico.

María Rosario, yo pienso a ratos, después de tanto tiempo, en tus manos blancas, en tus pies pequeños, en tu busto suavemente henchido; yo quisiera volver a aquellos años y oír el ruido de la máquina en ese patio, y ver tus ojos claros, y tocar con las dos manos muy blandamente tus cabellos largos.

Y esto no puede ser, María Rosario; tú vivirás en una casa oscura; te habrás casado con un hombre que redacte terribles es-

critos para el juzgado; acaso te hayas puesta gruesa, como todas las muchachas de pueblo cuando se casan; tal vez encima de la mesa del comedor haya unos pañales... Y yo siento una secreta angustia cuando evoco este momento único de nuestra vida, que ya no volverá, María Rosario, en que estábamos los dos frente a frente, mirándonos de hito en hito sin decir nada.—Azorín.

(Del libro *Las confesiones de un pequeño filósofo*). Otros libros de Azorín: *El alma castellana*, *La Voluntad* (novela), *La ruta de don Quijote*, *Castilla*, *Los pueblos*, *Clásicos modernos*.

## Primer amor

( PROSA DE AZORIN )

A Marisabel Carvajal, (*Carmen Lira*)  
en homenaje.

¿Recuerdas?... ¿Recuerdas,  
María Rosario?

Frisabas entonces  
tus bellos quince años;  
tu traje era negro,  
tu cuello muy blanco;  
pequeños y monos  
eran tus zapatos.

Tú cosías siempre  
sentada en el patio  
de rojos ladrillos  
bien pulimentados;  
tu máquina alzaba  
su amoroso canto,  
al sentir el ritmo  
de tus pies enanos.  
Todo allí era fresco,  
todo allí era grato:  
las plantas sembradas  
en cubos pintados,  
las telas metidas  
dentro del fayanco,  
la pobre Teresa  
sentada en un ángulo  
con sus ojos dulces  
y su rostro pálido....  
todo respiraba  
silencioso encanto.

Sobre esos instantes  
jamás olvidados  
han ido poniendo

su nieve los años,  
sus sombras la ausencia,  
la pena sus dardos:  
y yo—envejecido—  
siento al recordarlos,  
el contacto suave  
de tus blancas manos,  
el compás airoso  
de tu andar gitano  
destrenzando al viento  
tus cabellos largos.  
Siento la mirada  
de tus ojos claros  
y las opulencias  
de tu busto, alcanzo  
a escuchar el dejo  
dulcemente extraño  
de tu voz, y anhelo  
volver al pasado,  
revivir aquellos  
adorables ratos  
que vivimos juntos,  
que juntos gozamos  
a la fresca sombra  
de tu fresco patio,  
mientras trabajabas,  
¡María Rosario!

¡Oh, ya no es posible...!  
Tú te habrás casado  
con un hombre adusto,  
quizás... en los campos